

Códice de Metz. Biblioteca Nacional de Madrid 3.307. Una compilación medieval de cómputo y astronomía (Introducción, traducción y notas de Enrique Montero Cartelle), Madrid, Testimonio, 1994, 242 pp.

Acaba de salir al mercado, aunque con evidente retraso (el Depósito legal del libro lleva la fecha de 1996 pero se terminó de imprimir en 1994), otra de las joyas-curiosidades de editorial Testimonio, que acompañan a sus magníficas ediciones facsímiles. En esta ocasión la tardanza le viene bien al editor, ya que el libro encaja a la perfección en algunos de los debates que están marcando este ¿final de siglo? Y es que estamos ante la primera traducción al castellano de una serie de textos sobre cómputo o cálculo del tiempo y astronomía recogidos por un compilador anónimo en el llamado “códice de Metz”, manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid con el número 3.307. Como indica el autor en su introducción, estos textos “no son originales, sino que proceden de autores fundamentales en la Edad Media sobre esta temática, como el *De temporum ratione* de Beda junto con otros opúsculos de su círculo y el *De computo* de Rabano Mauro, para el cómputo y, para la astronomía, el *De rerum natura* de Beda, la *Naturalis Historia* de Plinio y los comentarios latinos tardomedievales a los “*Fenómenos*” de Arato, aunque muchos de estos textos son, en realidad, remodelaciones y rehechos de origen confuso, pero de amplia difusión” (pág. 11).

Estas características, además de la azarosa vida del códice, que escrito en Metz en letra carolingia por orden del obispo Drogón -en torno a los años 820-828- y tras pasar por zona renana y Lieja llega a España, obligan al traductor a reparar la historia externa e interna del códice. Éste presenta varias manos y añadidos de diversas épocas y materias, algunas de ellas ajenas al contenido del texto, así como supresiones de folios. E. Montero, recuperando en este trabajo su faceta de experto medievalista y editor de textos, no se arredra frente a las dificultades y, en apenas veinticuatro páginas, nos sitúa perfectamente en las coordenadas de la obra (pp. 11-35).

Tras enmarcarla en su contexto histórico y cultural (el Renacimiento carolingio), se detiene por un lado en la compilación de cómputo y por otro en la de astronomía, ya que ambas son las partes fundamentales que componen el contenido del códice. En cuanto a la primera, el autor nos pone en antecedentes sobre el ambiente que rodea las enciclopedias y compendios de cómputo, realizados con una finalidad práctica, religiosa en primer lugar, ya que el problema de fondo en la computística estriba en fijar como punto de referencia la Pascua y con ella todo el ciclo litúrgico, pero también política, económica e incluso laboral, pues de la fijación de un calendario religioso se deducen toda una serie de implicaciones para la vida civil. Aunque el problema ya parece resuelto en la época del manuscrito, el traductor explica las graves discusiones que se produjeron desde la Antigüedad cristiana al tratar de imponer un calendario eclesiástico válido para toda la Iglesia y los diferentes ciclos lunares propuestos con anterioridad para determinar el día de la Pascua de Resurrección.

Para que el lector pueda comprender los textos que se traducen, el autor dedica unas cuantas páginas a desentrañar conceptos que se repiten constantemente a lo largo de la obra como las *epactas*, los *regulares*, los *concurrentes*, las *claves*, los *saltos de luna*, etc., con lo que se evita la reiteración en las notas que aparecen a pie de página.

La traducción, dividida en siete libros como el manuscrito, cuatro destinados al cómputo y tres a la astronomía (aunque en realidad son dos, puesto que falta el libro VI), ha pasado por alto los numerosos textos que se intercalaron con posterioridad, probablemente para aprovechar los espacios en blanco de tan espléndido manuscrito, y que no tenían nada que ver con la temática de la compilación original (algunos incluso eran simples *probationes peninae*). Sólo en algunas ocasiones enlazan tangencialmente con la computística, como las noticias religiosas históricas proporcionadas por los *annales prumienses*, que se traducen en pp. 79 y ss. Si al hecho de constituir un testimonio único, unimos el problema de los cambios de mano, de los cambios de letra y de temática, así como las partes inconclusas, cortadas o fragmentadas por diversos motivos, nos imaginamos que la labor del traductor ha tenido que ser en muchos momentos un auténtico rompecabezas. Por no hablar de la dificultad especial que siempre presentan los textos técnicos, máxime si, como en este caso, se carece por completo de antecedentes similares, pues no son frecuentes las traducciones de textos de cómputo ni tampoco los comentarios.

Por ello el traductor se ha volcado en la búsqueda de fuentes que aparecen al inicio de cada uno de los capítulos traducidos. De esta manera ha tratado de confirmar algunas lecturas del texto y corregir otras, avanzando en la crítica del texto de cara a las posibles futuras ediciones del mismo.

La traducción se acompaña de algunas reproducciones en blanco y negro de las tablas de cómputo y los calendarios, así como de las ricas miniaturas que representaban los signos del Zodíaco y las constelaciones, ofreciéndonos una pequeña muestra de la riqueza del manuscrito, señal del aprecio en el que eran tenidas las obras de este tipo.

La obra se cierra con la oportuna bibliografía de textos y estudios que muestra a las claras la buena y completa documentación del traductor. Si hemos observado, no obstante, algunas erratas, como las “eses” que se han escapado en numerosas ocasiones, así como otros errores de concordancia. En este sentido, también se le puede reprochar a la edición que no aparezca la tilde del acento en las mayúsculas en los títulos de los capítulos, como norma general, y alguna letra redonda por cursiva, como en el inicio de la página 30. A esto se añade un claro error de impresión, puesto que aparece en blanco la página 146 del libro, la que debería incluir la traducción de los capítulos 17 y 18 del libro IV.

Este libro invita a la lectura; el lector moderno encontrará curiosidades tales como los capítulos dedicados al cómputo por los dedos, todo un lenguaje de signos con sus explicaciones, a la división del año y sus partes, a la armonía entre el mar y la luna, al influjo de ésta, a la predicción del tiempo, a los pesos y medidas, etc.

En contrapartida, tampoco es menos cierto que su lectura resulta árida en numerosos pasajes, difíciles de comprender incluso en castellano, y no es muy probable que el lector, con la única ayuda del manuscrito, pueda calcular por sí mismo la luna pascual. Pero para nuestro alivio, lo mismo pensaba el autor del manuscrito, quien, retomando a Beda, afirma en un momento dado: “Todas estas cosas, en verdad, se explican mejor hablando que escribiendo” (pág. 143). Curiosamente, a lo mejor se entenderían mejor estos fragmentos en nuestros pueblos, por parte de esos depositarios de la cultura oral que aún no están demasiado acostumbrados a relojes y calculadoras.

Mas si se sitúan en su justo punto las dificultades, la lectura también invita finalmente a la reflexión, incluso a la comparación inevitable con el mundo actual; resulta sorprendente comprobar que siglos después se repiten las obsesiones que siempre han acompañado al hombre: la de medir el momento, o saber en qué lugar del espacio temporal se encuentra, la de observar el cielo buscando respuestas y la de predecir el mal tiempo.

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA

Teresa Martínez Manzano, *Constantino Láscaris. Semblanza de un humanista bizantino* (Nueva Roma 7), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998, 244 pp. y 13 láminas (ISBN 84-00-07761-X)

Esta semblanza de la personalidad y obra de Constantino Láscaris es la versión castellana de la tesis doctoral que escrita bajo la dirección de los profs. Athanasios Kambylis y A. Dieter Harlfinger de Hamburgo fue publicada en Alemania hace unos años por la autora, que se inició en el campo de la paleografía griega de la mano del prof. Antonio Bravo García en la Universidad Complutense de Madrid¹. La diferencia esencial entre ambas ediciones consiste en que en la española se presentan traducciones o resúmenes en castellano de textos que en la edición alemana figuraban en griego y en algún caso habían sido editados allí por vez primera. Esto hace necesaria la consulta de ambas ediciones para el especialista, puesto que aunque desde el punto de vista de la bibliografía sea preferible la utilización de la edición española, que ha sido corregida y ampliada con respecto a la alemana, esta última, más extensa, cuenta con la ventaja de ofrecer en su integridad textos que en muchos casos son simplemente parafraseados o mencionados en la española. Esta circunstancia reduce el impacto que podría haber tenido la edición castellana que, como veremos, es resultado de un trabajo minucioso y documentado, pero en donde los textos son utilizados en la medida en que es necesario para la exposición de cada apartado, sin darles una autonomía que permitiera su localización y análisis por separado. Un apéndice con una lista exhaustiva de las obras y opúsculos de Láscaris (incluidas cartas, colofones y glosas de cierta entidad) con sus correspondientes ediciones habría podido suplir esta deficiencia y permitido su rápida localización bien en la edición alemana de la autora bien en otras ediciones, sin afectar por ello al tono expositivo del trabajo, que es un recorrido comentado por la obra y vida de Láscaris.

El estudio consta de tres partes de diferente extensión. En la primera parte (pp. 3-28) se traza una breve biografía de Láscaris (1434-1501²), que es preciso reconstruir a

¹ T. Martínez Manzano, *Konstantinos Laskaris, Humanist, Philologe, Lehrer, Kopist (Meletemata 4)*, Hamburgo 1994.

² Parece claro que Láscaris debió de nacer en la primera mitad del año 1434 puesto que por dos suscripciones sabemos que tenía 62 años en Junio de 1496 y 66 en el año 1501.